CAPÍTULO IV.

EL COMERCIO EN LA EDAD MODERNA.

1.° Estado del comercio al comienzo de este período.—2.° Descubrimiento de América por los españoles.—3.° Descubrimientos efectuados por otras naciones.—4.° Influencia de estos descubrimientos en el comercio.—5.° La trata de negros.—6.° Estado del comercio y la industria.—7.° Reseña de las principales compañías coloniales de Indias.—8.° Causas del adelanto del comercio en los últimos cien años.—9.° Causas de la ruina de la industria y el comercio españoles.—10. Estado de nuestra legislación mercantil al publicarse el vigente Código de Comercio.

1.° *Estado del comercio al comienzo de este período.*—En el capítulo anterior dejábamos á los pueblos europeos constituirse en naciones, conquistando sus fronteras después de encarnizadas luchas, á los Reyes ayudados por el pueblo, combatir con feliz éxito el feudalismo, á las repúblicas italianas, las ciudades del Baltico y otras poblaciones comerciales dedicarse especialmente al tráfico mercantil y á todos, preparándose á la gran evolución que debía separar la Edad Media de la Edad Moderna, mediante las fases por que la humanidad atravesó durante el período conocido con el nombre del Renacimiento.

Difícil y ardua empresa es historiar las vicisitudes por que el comercio atraviesa en esta época de la historia, y si aun este trabajo resulta lleno de no pocas dificultades merced al gran número de documentos que hay que estudiar, á la diversidad de nuevas instituciones que surgen, por decirlo así, del espíritu de aquel tiempo, estas dificultades aumentan y se hacen casi insuperables al tratar de contener toda la vida del comercio, rica en adelantos y en nuevas empresas, en los estrechos límites de un capítulo, en los que ni espacio hay para reseñar una á una, sin detenerse á estudiarla, cada una de las manifestaciones, con que el comercio se presenta á nuestra atención; por lo que dejando á un lado todo lo relativo á las artes y á las ciencias, nos limitaremos á reseñar muy á la ligera los descubrimientos con que la Edad Moderna se inaugura, los principales sistemas de colonización seguidos por los diferentes reinos, para terminar con una idea muy breve y sucinta del estado actual de la industria y el comercio.

Los grandes progresos del espíritu del Renacimiento en Italia durante largo tiempo contenidos por el feudalismo germano, trasponen, en fin, los Alpes, y, extendiéndose con maravillosa celeridad, pronto recorren toda Europa, llevando las inmortales obras de los artistas, literatos, publicistas y comerciantes italianos, el gusto á sus adelantos, propagado por el comercio italiano en Francia, Inglaterra, Holanda y en España por la solidaridad de ambos países, gracias á la dependencia en que gran parte de Italia se hallaba bajo el pujante y omnipotente cetro español.

Cuando esto sucedía, cuando la civilización largo tiempo contenida recobraba el terreno perdido y avanzaba con pasos de gigante, España se constituía en una fuerte y poderosa nación, arrojando á los árabes por un

supremo y heróico esfuerzo del último baluarte que ocupaban en la Península, y reuniéndose las coronas de Castilla y Aragón, mediante el feliz enlace de los Reyes Católicos, que más tarde concluían la unión ibérica con la anexión de Navarra á la corona de los Alfonsos y Fernandos.

2.° *Descubrimiento de América por los españoles.* —En el campamento de Santa Fe, ante los muros de Granada, preséntase Cristóbal Colón, y expone ante una Junta de teólogos, sabios y magnates su pretensión de encontrar el camino directo de las Indias. Recházanle los Reyes Católicos, como tantos otros Monarcas, fundando su negativa en la guerra que entonces sostenían, y desalentado Colón, acude más tarde ante aquellos Soberanos, ayudado en sus propósitos por la protección, influjo y desinteresado apoyo de Fr. Marchena, guardián del convento de la Rábida, consiguiendo por fin recibir cantidades y hombres para el viaje, todo ello gracias á la espontánea generosidad de la Reina Católica, que no disponiendo de otros fondos empeñó sus alhajas, añadiendo así á la diadema española el más rico y más preciado de sus florones.

Cristóbal Colón y sus compañeros embarcáronse en el puerto de Palos de Moguer en 3 de Agosto de 1492, en las tres carabelas, Santa María, Pinta y Niña y emprendieron su viaje en pos de lo desconocido, hasta pisar las tierras del Nuevo Mundo. No hemos de extendernos en todos los descubrimientos efectuados por Cristóbal Colón, pues que esto alargaría demasiado nuestro relato bastándonos consignar que tras él, Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, siguiendo la gloriosa senda trazada por el inmortal Colón, se apoderaron de gran parte de América, siendo después sancionados los derechos de España sobre aquellos continentes por una Bula del Papa Alejandro VI.

Conquista es esta para la civilización que hubiese bastado por sí sola para inmortalizar el nombre de una nación, si España no hubiese tenido ya grandes méritos contraídos para figurar á la cabeza de los demás países, y conservar durante largo tiempo una incontestable egemonía, que si hemos perdido, á nadie sino á nosotros mismos puede de ello inculparse.

Otros intrépidos viajeros sostuvieron en los mares nuestro glorioso pabellón: Sebastián Elcano daba la vuelta al mundo, descubriánse más tarde las Islas Filipinas, Marianas y Carolinas, y nuestros hermanos, los portugueses, rivalizaban con nosotros en aquellas grandes empresas en que Vasco de Gama fué tan esclarecido representante.

3.° *Descubrimientos efectuados por otras naciones.* —Portugal, colocado al extremo de Europa, constituído en estado independiente y afanoso de descubrimientos y largos viajes, tuvo en el Infante D. Enrique un protector decidido que ilustra los ricos anales de su gloriosa marina, que provista por aquel entonces de todos los adelantos de la época y familiarizada con los peligros del Océano, no tuvo reparo en lanzarse en pos de ignoradas tierras y parajes desconocidos.

La isla de Madera, Cabo Verde, la circunnavegación de Africa, el descubrimiento de las Azores, el del Brasil, sus estaciones en Mozambique, Senegal, el Zaire, etcétera, son otras tantas conquistas que la humanidad debe á Portugal, que se ilustró con los nombres de sus más preclaros hijos, Vasco de Gama, Magallanes, Nuño Tristan, Dionisio Fernández, Diego Cano, Bartolomé Díaz, Cabral, quienes elevaron el nombre de su patria á una altura que nunca después llegó á alcanzar.

El feliz éxito de estos descubrimientos, las fabulosas descripciones de la riqueza y feracidad de aquellos países, las riquezas que sin cesar venían al viejo continente, estimularon el celo y la envidia de las demás naciones, prontas á seguir el derrotero de los bajeles españoles y portugueses.

Francia, incapaz por aquel entonces de dedicarse á aquellas empresas y sin talentos colonizadores, talentos que aun en la actualidad no posee, nada hizo como Estado, pero en cambio, una nube de desalmados y crueles piratas y ladrones, entre los que se contaban no pocos ingleses, apoderáronse de la isla de la Tortuga y con el nombre de *boucaniers* (filibusteros) asolaron los mares del Pacífico, las Antillas y toda América, arrojándose sobre los bajeles mercantes y huyendo rápidamente ante la proximidad de los navíos de guerra.

A los filibusteros debió Francia el Canadá y parte de Santo Domingo, que desde largo tiempo están fuera de su poder, y si cierto es que los franceses, parciales para sus compatriotas, han elevado al carácter de caballerescas heroicidades las crueles é inicuas rapiñas de los filibusteros, la historia imparcial sabe á qué atenerse, y nunca ha concedido á aquellos hombres, sino el puesto que por sus crímenes debían ocupar.

Juan Cabot, asociado con algunos señores y comerciantes de Londres y Bristol, emprendió un viaje de exploración, y á él atribuyen los ingleses el descubrimiento de Labrador y la Florida; pero dista mucho esta aserción de ser todo lo exacta que aquéllos suponen. Su hijo Sebastián siguió el camino de China y Japón y abrió un camino comercial entre Rusia é Inglaterra, fundando la *Russia Company*. Los ingleses, imposibilitados de dirigir sus naves hacia América, tomaron, así como los holandeses, el rumbo al Noroeste, doblaron el cabo Norte, encontraron el Océano glacial, abordaron la Nueva Zembla y establecieron relaciones con Arcangel. Los holandeses fueron en

su seguimiento, penetrando hasta el Spitzberg, y entre unos y otros descubrieron la Groelandia, el estrecho de Davies, el país de los Esquimales, Labrador y Terranova. Rusia entre tanto bajo el reinado de Pedro el Grande exploraba toda la Siberia, ocupaba el Kamtschatka y tocaba en América por el estrecho de Berhing.

Drake descubre la tierra del fuego, Alta California y territorio del Oregón al que denomina Nueva Albión, y con el descubrimiento de Virginia y la huida de los puritanos á la Nueva Inglaterra, prepárase la formación de los Estados Unidos.

Los franceses descubren el Canadá, que más tarde es cedido á los ingleses, y los holandeses dirígense á Nueva Holanda y al Archipiélago australiano, donde establecen las bases de su grande poder colonial.

4.° *Influencia de estos descubrimientos en el comercio.*—La afición que á los viajes se desarrollaba en todos los países significó grandes adelantos en la náutica, que saliendo del comercio de cabotaje ó á lo más de las expediciones por mares conocidos, proporcionó los medios de lanzarse á mares ignotos, y exigió, por lo tanto, la construcción de embarcaciones, más capaces, más adecuadas á las largas navegaciones, sustituyendo los barcos de remeros por el aparejo de velas como principal motor. La geografía adelantó mucho en este período, y con ella las demás ciencias afines; el astrolabio, la brújula, el metereóscopio; las tablas de declinación que sirvieron á los portugeses y españoles aunque muy imperfectas en un principio, ayudaron mucho en las navegaciones dando Mercator, Copérnico, Kepler, Newtón, Galileo, Thico-Brabé, etc., los elementos para construir mapas, cartas marítimas y para los inventos de instrumentos de óptica, etc.

Con el descubrimiento de nuevos continentes, ricos en producciones hasta entonces desconocidas ó muy escasas

en Europa, con el aumento del oro y la plata de que los galeones españoles inundaban el mundo, con los mercados abiertos á la explotación, adquirió el comercio grandes vuelos, haciendo en poco tiempo extraordinarios progresos. Objetos hasta entonces de lujo, pasaron á ser patrimonio de todos por su abundancia y su baratura, tales como el arroz, azúcar y sagú, conocidos de tiempos atrás, pero muy escasos, mientras que las piedras preciosas, las perlas, las materias tintóreas y los finísimos lienzos que de América llegaban bastaban por sí sólo á producir un gran desarrollo en el tráfico comercial, que hubiese sido mayor si las naciones poseedoras de colonias no hubiesen seguido el ejemplo de España de monopolizar el comercio de aquéllas.

Apodérase España de América, y guiada por un falso principio económico, cierra los puertos de América á los pabellones extranjeros y á las mercancías extrañas, mientras que por otro lado prohibe la exportación de los géneros y productos coloniales á otros puertos que los españoles, y aun concede dentro de España privilegios á Cádiz y Sevilla muy especialmente, privilegios que entre otros funestos resultados dieron lugar á la pérdida de la flota de galeones en la bahía de Vigo. Estas medidas llevadas á un extremado rigor dieron por fruto el contrabando, pretexto á las exacciones y piraterías de los filibusteros ó hermanos de la costa protegidos por Francia é Inglaterra, causaron la ruina de nuestras posesiones, y no entorpecieron la salida para el extranjero de nuestro numerario, porque falta España de industria, tuvo que acudir á los demás países en demanda de las mercancías que necesitaba.

El régimen colonial, implantado por nuestra patria en sus vastas posesiones, siguióse como principio altamente económico por Portugal, Inglaterra y Holanda, y si bien

estos dos últimos sacaron mejor provecho que nosotros, fué sin duda alguna por el mayor adelanto de su industria.

5.° *La trata de negros.*—La historia de esta época tan gloriosa en los frutos de la civilización, empaña su brillo con un comercio reprobable y criminal, con la trata de los negros, volviendo á existir la esclavitud que las doctrinas del cristianismo habían hecho desaparecer. A Portugal cabe la triste gloria de su introducción en 1440, estableciendo un tráfico regular y un mercado central en Lisboa, para proveer á sus colonias de estos seres mil veces infortunados. Los españoles, poseedores de vastos territorios poco habitados y en que sus pobladores los indios, indolentes y apáticos en extremo, no servían para el trabajo, acudieron bien pronto á la compra de esclavos para atender al cultivo de sus plantaciones. Regularizóse también este comercio, haciéndose ya por el Estado, ya por compañías á quienes el Gobierno arrendó este servicio, unas veces á los genoveses y otras á los ingleses. Todas las naciones coloniales siguieron el ejemplo, y bien pronto numerosas escuadras surcaron las aguas de Guinea, adquiriendo negros por precios irrisorios, consistentes en algunas baratijas de la clase más ínfima, en telas vistosas, barriles de pólvora, y por último, aguardiente, licor con el que se hizo grave daño á la civilización, sumiendo á aquellos pueblos atrasados en el más vil y feroz de los embrutecimientos.

El padre vendía á sus hijos, el ciudadano á su amigo, el Príncipe á sus súbditos, las tribus guerreras asolaban el interior africano en guerras crueles, cuyo único objeto era la caza de hombres para venderlos más tarde á los europeos, que acudían á sus puertos.

Hasta nuestros días ha llegado ese tráfico vergonzoso, eterno borrón de la historia de Europa, tráfico en el que

atentos tan sólo á la mayor ganancia y sin género alguno de consideraciones y respetos trataban á los hombres mil veces peor que á los seres irracionales, arrojando centenares de ellos en el sollado de un barco, confundidos con las mercancías, muriendo muchos de aquellos infelices por hambre y por falta de aire respirable.

Inglaterra comenzó en el presente siglo á combatir la trata y perseguir los barcos negreros, pero esa misma nación, llena de sentimientos elevados y filántrópicos, siempre que éstos no atentan á la prosperidad de sus colonias, permite y protege una trata no menos cruel que aquélla entre Australia y las islas vecinas, de donde los colonos de aquel continente adquieren sus trabajadores mediante un enganche ó compromiso por tres ó seis años, compromisos firmados, cuando faltos de razón, efecto de las bebidas que se les suministran, carecen de inteligencia para comprender que venden su libertad por espacio de un largo período y exponen su vida al trato de amos crueles y despóticos.

6.° *Estado del comercio y la industria.*—Efecto de tan prodigiosos descubrimientos y del establecimiento de relaciones entre Europa y la India fué la depreciación considerable que los productos de ésta tuvieron, pues que antes habían conseguido precios fabulosos, y al mismo tiempo, la competencia en que los países en que el trabajo era libre y América, se hizo imposible merced á la esclavitud. El valor de la plata disminuyó también por la gran cantidad que de este metal trajeron á Europa los conquistadores españoles, y lo mismo sucedió con el algodón y las materias tintóreas, en cuyos precios tuvo lugar la reducción más sensible. Por entonces no existiendo el almacenaje por falta de capitales, eran más baratos los productos naturales, así á fines del siglo XVII, la carne costaba menos que el trigo, mientras que un

siglo más tarde ocurría lo contrario, porque muchas dehesas de pastos habíanse convertido en tierras de pan llevar.

Los salarios aumentaron, especialmente los de aquellos obreros á quienes se les exijía una aptitud especial, pero lo que ofreció en esta época un gran interés para el alza y la baja de las mercancías como de los salarios, fué la guerra, aunque no tanto como en la actualidad; á esto se añadió, que una vez firmados los tratados de paz no se licenciaban las tropas, y por lo tanto faltaban brazos para el cultivo de las tierras y el ejercicio de la industria.

Sobre la influencia que la guerra tiene en la prosperidad del comercio, suscítanse no pocas cuestiones y erígense dos escuelas, que, antagónicas entre sí, sostienen, una que la guerra favorece la industria y el comercio, otra que es causa de su ruina. Fúndanse los mantenedores de la primera, en que Inglaterra debe á la guerra su prosperidad, así como Holanda, merced á sus guerras marítimas con España, y que los puertos de Alemania se abrieron gracias á la guerra separatista de los Estados Unidos, ensanchándose con esto la esfera en que el comercio se desarrollaba. Añádese, como segundo argumento, que con la guerra aumentan los pedidos de armas, municiones, pertrechos, vestuarios para las tropas, crecen los precios de los fletes, y el numerario saliendo de las arcas del erario repártese entre fabricantes y comerciantes.

Sobrado exclusiva es ciertamente esta opinión, pues que no siendo la guerra elemento productivo ó creador, sino por el contrario de destrucción, de ella se originan los bombardeos, incendios, prolongados asedios de ciudades, bloqueos de los puertos, presas marítimas, y que siendo una nación la vencida, ésta es la que en su mayor parte paga los gastos ocasionados, habiendo á lo sumo

cambio de dominio en la riqueza, nunca creación de ésta. Así, por ejemplo, lo que ganan Inglaterra y Holanda, lo pierden España y Francia, Alemania se arruina con la guerra de 30 años y el comercio en general sufre gravemente por las mil causas que hacen que la subida de las mercancías sea difícil y costosa, además las víctimas que cada lucha cuesta á la humanidad, réstanse precisamente de la masa más propia para el trabajo, bien agrícola, bien industrial, y los empréstitos que una guerra origina, tradúcense más tarde en el crecimiento de los impuestos, necesarios para reparar las pérdidas ocasionadas, restañar la sangre de las heridas recibidas y acudir al pago de aquéllos, ó de los intereses devengados, abrumando así la riqueza pública con el peso abrumador de una deuda que nunca ó muy tarde podrá solventarse.

La agricultura atraviesa durante este período una vida lánguida y atrasada, porque falto el trabajador del estímulo de la ganancia, dado que sobre él pesaban las más fuertes contribuciones y sujeto por otra parte á las inclemencias del cielo, abandona el cultivo de los campos, que se resentían mucho de las frecuentemente malas recolecciones y de los horrores de la guerra. En Francia la suerte de los campesinos era bien triste, y esta situación produjo sin duda alguna la revolución de 1785. En Alemania el exceso de la miseria produjo la terrible guerra de los labradores. España recibió un rudo golpe con la expulsión de los árabes, agricultores consumados, si bien ésta así como Italia y Grecia, pudieron sostenerse, porque sus producciones consistentes en cereales, aceites y sedas, no luchaban con la terrible concurrencia ultramarina. Inglaterra y los Países Bajos eran los únicos que ofrecían una prosperidad creciente, no sólo porque dedicados á la ganadería ésta les proporcionaba pingües rendimientos, sino porque al contrario de los demás pueblos,

la nobleza vivía en sus tierras y dedicábase á la agricultura en la que empleaba sus capitales, capitales de que por completo carecían en las demás naciones, efecto de la vida peculiar de los nobles, entre cuyas manos se hallaba estancada, ó en las llamadas manos muertas, la propiedad territorial.

En cuanto á la industria, los Países Bajos figuraban á la cabeza de la misma, especialmente por la considerable exportación de sus géneros, tales como tejidos de lana, en los que ya en la Edad Media se distinguían entre todas las naciones, siguiéndole en orden de importancia Italia con sus tejidos de seda, sus cristalerías y artículos de lujo, Alemania con sus telas, mercería y quincalla, y España con sus paños, cueros labrados, aceros, algodones, etc.

Otro género de industria, ya explotado, aunque en pequeña escala vino en esta época á ofrecer no pocos rendimientos, merced á los viajes efectuados en los mares del Norte. Nos referimos á la pesca de la ballena, á la que se dedicaron especialmente los ingleses, holandeses, franceses y vascos, aunque estos dos últimos, y sobre todo los vascos, que en algún tiempo fueron los más atrevidos pescadores de este cetáceo, cedieron más tarde su puesto á los primeros.

El comercio del metálico, explotado muy principalmente por los florentinos en la época anterior, extendióse cada día más con la creación de los Bancos, que bien pronto se propagaron por todas las naciones, algunos con el carácter de privilegiados como auxiliares del Erario público, y con las casas de banca, bolsas ya conocidas anteriormente, y en una palabra, con todas esas instituciones que tanta importancia tienen en la actualidad, y que tan importantes servicios vienen prestando.

No terminaremos esta reseña antes de ocuparnos de

las célebres compañías de Indias, sin consignar que en esta época comenzaron los tratados internacionales de seguridad y protección al comercio, porque habiendo desaparecido el feudalismo, y sujetos los estados todos á la poderosa centralización de las monarquías absolutas de derecho divino, y conocido el interés que el comercio reportaba á todo Estado, gracias á las predicaciones de los economistas, todas las naciones trataron de buscar para él un sólido apoyo que encontraron en el derecho. En estos tratados, si bien indispensables y ventajosos, filtrábase el espíritu del interés y del monopolio, y esforzábanse los diplomáticos en conseguir ventajas para sus nacionales, á costa del país con quien negociaban, espíritu que todavía no ha desaparecido de nuestras costumbres, que no tiende á desaparecer, y en el que, por el talento que han sabido desplegar, se distinguieron y se distinguen hoy en día los diplomáticos ingleses.

7.° *Reseña de las princiales compañías coloniales de Indias.*—Casi al mismo tiempo, al espirar el siglo XVI creábanse en Europa tres grandes compañías coloniales, la inglesa de Indias, la holandesa y la francesa, cuyos destinos habían de ser bien distintos, así como el éxito con que se coronaron sus esfuerzos.

La Compañía inglesa de las Indias Orientales, creada y protegida por la Reina Isabel, componíase de 215 miembros, caballeros, comerciantes, etc., con un capital de 75.000 libras esterlinas divididas en acciones de 50, capital con el que se equipó una flota que bajo las órdenes de Lancaster, verificó una provechosa campaña en las costas de Coromandel y sembró en Surata, la primera semilla que más tarde había de producir el frondoso árbol del poderío inglés en las Indias.

A pesar de tan prósperos comienzos, su creación y feliz éxito le suscitaron vivas rivalidades por parte de las